

Los rocotos florecen

Miguel A. Rey de Werra

CUANDO CUALQUIER PARROQUIANO llega a Ollachea, provincia de Carabaya, departamento de Puno, choca de inmediato con la pobreza y la miseria. Desde hace unos 25 años, la Prelatura de Ayaviri se empeñó en enviar sacerdotes y agentes pastorales a esta zona apartada y nada o casi nada ha cambiado, a pesar de la invasión del territorio con víveres de Caritas o plata de Europa. ¿Por qué?

En los tres pisos ecológicos de la parroquia, puno, ceja de selva y selva, se repiten las mismas condiciones infra-humanas de vida para la mayoría de los diez mil habitantes. Campesinas y campesinos harapientos, “wawas” (niños) destinadas a crecer como la maleza, ancianos apagados por la tristeza y dureza de su existencia contrastan con la majestad de las cumbres nevadas de los Andes, el orgullo de las llamas o la vegetación exuberante de los valles tropicales.

Dominados por la tierra que cultivan, todos los hombres del Ande la respetan y le ofrecen un culto, el “despacho”¹, en el cual la hoja de coca juega el papel primordial, siendo para ellos “la hostia del campo”. Resquebrajada probablemente por la colonización española, quebrada en su médula orgánica ancestral por